

libertad, pero después me he convencido de que ésta no es posible sin la sabiduría y el dominio de sí mismo. La libertad no consiste en que los demás la den á uno; se la ha de tomar uno mismo. Suponga usted por un momento que los imbéciles se colocaran por encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Pues que caerían bajo el poder de otros amos aun más duros que nosotros. No le quepa á usted duda. Mientras haya corderos habrá lobos. Tardará más ó menos, quizás algunos siglos, pero es seguro el advenimiento del aristócrata, del superhombre, aunque á ello se oponga la humanidad entera. Será inútil todo lo que hagan para libertarse del yugo. Dado caso de que pudieran deshacerse de nosotros, vendrían otros más tiranos. No puede dejar de ser de otro modo.

—Lo dudo—contestó Graham con aire de convencimiento.

Después de haber vacilado algunos momentos, sacudió la cabeza y dijo con tono autoritario:

—Necesito ver las cosas por mí mismo. Únicamente de ese modo podré comprender y juzgar. Eso es lo que quería decirle, Ostrog. No quiero ser rey en una ciudad de placer. Bastantes días he invertido en distracciones y en enterarme de vuestros inventos; lo que necesito ahora es ver de cerca á mi pueblo, á ese pueblo que trabaja y no come, quiero enterarme de todos los detalles.

—Se conoce que han influído mucho en usted las novelas realistas—dijo Ostrog con un tono ligeramente irónico, pero insuficiente para ocultar su preocupación.

—Quiero ver la realidad—contestó Graham.

—Pueden presentarse algunas dificultades...

—No creía que...

—De todos modos—dijo—tal vez... ¿Está usted empeñado en atravesar las calles y en tener contacto con el pueblo? Lo mejor será que se disfrace usted; la ciudad está terriblemente excitada y su presencia podría provocar un sangriento conflicto. Aunque no deja de tener sus inconvenientes la idea, á mí no me parece mal del todo. Si usted tiene interés en realizarla, se puede hallar el medio de que no ofrezca ningún peligro. Asano se encargará de

todo eso del disfraz y le acompañará también. Si puede ser de excelentes resultados la idea.

—¿Y no tendrá usted necesidad de consultarme nada? preguntó Graham herido por una extraña sospecha.

—De ningún modo. Creo que puede usted confiarme esto por algún tiempo—dijo Ostrog sonriendo,—aun cuando discrepemos en nuestra manera de apreciar las cosas. Graham le miró recelosamente.

—¿Y no teme usted ninguna colisión?

—No, no.

—Sin embargo, estoy pensando en esos negros, y como no creo que el pueblo intente hostilizarme, y después de todo soy el que manda, no quiero que se traigan negros á Londres. Es quizás una preocupación anticuada y rancia, pero tengo mis opiniones acerca de los europeos y de las razas inferiores.

Ostrog, mientras le escuchaba, fruncía el entrecejo.

—No he dado órdenes para que vengan negros á Londres, pero si fuera necesario...

—No, no. Ocurra lo que ocurra, no debe usted traer negros armados á Londres. Estoy completamente resuelto á que no los traigan.

CAPITULO XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Y aquella noche Graham, procurando pasar inadvertido y sin excitar sospechas, vestido como un empleado inferior de las Regiones Altas, y acompañado de Asano, llevando las ropas de los empleados de la Compañía del Trabajo, recorrió la ciudad que había entrevisto cuando estaba velada por la oscuridad. Pero ahora la veía iluminada y despierta, semejante á un torbellino de vida. A pesar de las disgregación de las fuerzas revolucionarias, á pesar del inusitado descontento, de los signos precu-

sores de una lucha más grande, de la cual la primera revolución no era más que el preludio, las miríadas de torrentes comerciales se precipitaban aún fuertes y anchurosas. Ahora conocía algo de las dimensiones y cualidades del nuevo siglo, pero no estaba preparado para la infinita sorpresa del espectáculo detallado, para el torrente de calor y vívidas impresiones que le salían al paso.

Este era su primer real contacto con el pueblo de los modernos días. Se percató de que todo lo pasado antes, excepto sus breves ojeadas á los teatros y á los mercados, había sido un movimiento dentro del comparativamente estrecho barrio político; que todas sus anteriores experiencias, habían girado inmediatamente sobre la cuestión de su posición personal. Pero esta era la ciudad en sus horas más animadas de la noche, el pueblo acudía á sus intereses inmediatos, á los hábitos comunes del nuevo tiempo.

Salieron primeramente á una calle, cuyas opuestas vías estaban repletas de gente vistiendo el color azul. Aquella gente, como vió Graham, formaba parte de una manifestación; era raro ver una manifestación recorriendo la ciudad triunfante. Llevaban banderas de un grosero tejido encarnado con inscripciones rojas. «No hay desarme», decían las banderas, la mayor parte en letras grandes, y en otras se leían las variantes: «¿Por qué desarmarnos?» «No hay desarme.» «No hay desarme.» Y pasaron banderas y más banderas, un torrente de banderas, y por último, al final, el himno de la revolución y una ruidosa banda de extraños instrumentos.

—Debieran estar trabajando—dijo Asano;—hace dos días que no comen... ó si comen lo roban.

De pronto Asano hizo un rodeo para evitar la apinada multitud que se aglomeraba al paso de algunos cadáveres que eran conducidos del hospital al depósito, últimos restos de la cosecha de la muerte en la primera revolución.

Aquella noche poca gente dormía, todo el mundo estaba en la calle. Una vasta excitación, grupos incesantemente renovados rodeaban á Graham; su mente estaba confusa y oscurecida por un perpetuo tumulto, por los gritos y enigmáticos fragmentos de la lucha social, que

tan sólo estaba en sus comienzos. Festones y banderas de negra y extraña decoración que se veían por todas partes, demostraban á todas luces su inmensa popularidad. En todas partes escuchó fragmentos de aquella cruda y espesa gerga usada por las clases populares. En todas partes se vociferaba contra el desarme, con una violencia de la que no se habían dado cuenta durante su estancia en el barrio de las Regiones Altas. Pensó que tan pronto como volviese le era preciso discutir con Ostrog éste y otros grandes problemas de los que él era expresión, de una manera más conclusiva de lo que habían sido discutidos hasta entonces. Perpetuamente aquella noche, aun en las primeras horas de su excursión por la ciudad, el espíritu de inquietud y de revuelta llamó su atención, con exclusión de innumerables cosas extrañas que de otro modo hubiera observado.

Esta preocupación hizo incompletas sus observaciones. Había lugares en que el movimiento revolucionario se apartaba por completo de su mente, dejando espacio á algún nuevo aspecto de los modernos tiempos. Elena había despertado su mente á esta intensa fijeza de observación, pero había momentos en que ella, también, pasaba fuera de su mente. En uno de estos momentos, por ejemplo, encontróse atravesando el barrio religioso, pues la fácil circulación aportada por las vías movibles hacía innecesarias las esporádicas iglesias y capillas, y su atención se vió vivamente excitada por la fachada de un templo de la secta cristiana.

Iban sentados sobre una de las vías superiores, saliendo el edificio rápidamente al encuentro. Estaba cubierto de inscripciones del alero á la base, con letras blancas y azules, excepto donde un vasto y reluciente cinematógrafo presentaba escenas realistas del Nuevo Testamento, y donde un gran festón negro, demostrando que la religión popular seguía á la política popular, pendía debajo de las inscripciones. Graham se había familiarizado ya con aquella escritura fonotípica y aquellos letreros le chocaron, siendo, á su manera de ver, la mayor parte increíbles blasfemias. Entre los menos ofensivos aparecían: «La salvación en el primer piso y volviendo á

la derecha.» «Dale tu dinero al Hacedor.» ¡Las conversiones más portentosas en Londres; operadores expertos! «Cristo hubiera dicho al Durmiente: ¡Unete á los santos el último día!» «Sé cristiano... sin faltar á tus ocupaciones.» «Esta noche todos los Obispos en el coro; precios de costumbre.» «Bendiciones para negocios de hombres laboriosos.»

—¡Pero esto es espantoso!—dijo Graham, entre el ruido ensordecedor de la propaganda religioso-mercantil.

—¿Qué es espantoso?—le preguntó Asano, aparentemente buscando en vano algo que justificase aquella exclamación.

—¡Esto! ¡Seguramente la esencia de la religión es la reverencia!

—¡Ah... esto!

Asano miró á Graham.

—¡Le choca á usted!—dijo con el tono de quien hace un descubrimiento.—Debí suponerlo. Había olvidado... Hoy la competencia por llamar la atención es tan grande, y las sencillas gentes del pueblo no tienen mucho tiempo para atender á sus almas... algo así como antes.

Asano sonrió.

—En los antiguos tiempos tenían placenteros dominos y la campiña. Aun cuando he leído no sé dónde que los domingos por la tarde...

—Pero esto—dijo Graham, mirando hacia atrás la fachada que retrocedía.—Y seguramente no será la única...

—Hay centenares de diferentes clases. Pero naturalmente, si una secta no anuncia no paga. Las religiones han caminado con el tiempo. Aquí hay sectas de elevadas categorías y de tranquilas maneras. Esas gentes son altamente populares y prósperas. Pagan muchas docenas de leones por estos departamentos al Consejo... á usted, quería decir.

Graham todavía estaba algo embrollado en la cuestión monetaria, y esta mención de una docena de leones le trajo bruscamente á la materia. En un momento los ruidosos templos y sus inscripciones quedaron olvidados con este nuevo interés. Una palabra le sugirió y una respuesta le confirmó en la idea de que la plata y el oro

habían sido desmonetizados, que el oro acuñado que empujó su reino entre los mercaderes fenicios, había sido desmonetizado. El cambio había sido gradual, pero rápido y llevado á cabo mediante la extensión de un sistema de cheques, que ya en su primera existencia había venido á substituir al metálico en las grandes transacciones mercantiles. El ordinario tráfico de la ciudad, el de todo el mundo, verdaderamente, era llevado á cabo por medio de unos pequeños cheques grises, verdes y rosa, de escasos valores, que emitía el Consejo. Asano llevaba varios en su cartera. Estaban impresos, no en un frágil papel, sino en una semitransparente materia de sedosa flexibilidad, inalterable con hebras de seda. En toda su extensión camuflaba un facsímil de la firma de Graham, su primer encuentro con las curvas y trazos de aquel familiar autógrafa hacía doscientos tres años.

Al ver el anuncio de un templo teosofista en cuya fachada había un rótulo de letras de fuego, y por el cual se prometía la realización de milagros, distrajo un poco su atención, hasta que por fin le volvió á la realidad el espectáculo del gran comedor de la Avenida de Northumberland, que le interesó vivamente.

Asano se lo hizo observar desde una alta galería cubierta, reservada á los encargados del servicio. Hasta allí llegaba cierta voz, estridente y gangosa á la vez, que resonaba en el interior del salón sin interrumpirse ni un momento. Era una máquina parlante, que, como otras muchas colocadas en los lugares públicos, repetía las noticias de actualidad sazonadas con gran número de comentarios.

Graham ya había conseguido familiarizarse con las brevidades concepciones de la arquitectura moderna y con las grandes agrupaciones de gente, y no obstante, no pudo menos de sorprenderle aquel espectáculo. Observando atentamente al servicio de la mesa más próxima que estaba debajo de él, y gracias á las explicaciones deferentes y respetuosas de Asano, no tardó en comprender el significado de aquel magestuoso banquete, en el cual tomaban parte millares de personas.

Le sorprendía á cada paso no encontrar á la primera

ojeada la razón de las cosas extraordinarias que veía, las cuales, á pesar de su novedad y extravagancia, no excitaban su curiosidad y le pasaban inadvertidas, hasta que un detalle insignificante se las ponía de relieve. Así, por ejemplo, hasta entonces nunca se le había ocurrido pensar en que por la circunstancia de estar cubierta la ciudad con una techumbre general que ponía á todos sus moradores al abrigo de la intemperie y por no haber entre los edificios otra solución de continuidad que las grandes vías que surcaban la ciudad en todos sentidos y direcciones, de hecho había desaparecido la casa, el típico hogar compuesto de habitaciones que servían de albergue á una familia, aquel santuario donde el hombre se aislaba con los suyos. Ahora veía claramente lo que en realidad había estado manifiesto desde el principio. Londres no era ya un compuesto de casas, sino un prodigioso hotel, un hotel con millares de comedores, capillas, mercados, teatros y lugares de reunión en los cuales facilitaban mil géneros de comodidades diversas una porción de empresas mercantiles, de las cuales él mismo era el dueño. Las gentes tenían á su disposición habitaciones en las que la higiene era condición indispensable, cualquiera que fuese su grado de comodidad y de riqueza, y en las cuales se vivía en una completa independencia.

No le costó gran esfuerzo darse cuenta de cuán necesariamente había nacido de la antigua ciudad victoriana aquel estado de cosas. La razón fundamental de la ciudad moderna había sido siempre la economía, fundada en el sistema de cooperación. Lo que principalmente había impedido en su tiempo la fusión de los hogares separados había sido la aun imperfecta civilización del pueblo, el orgullo bárbaro, las pasiones, los celos, la hostilidad, las rivalidades y las violencias de las clases media y baja, que habían tenido necesidad de separarse en casas contiguas para poder tolerarse mutuamente. Pero estos motivos de aislamiento habían ido cesando poco á poco, y ya en el mismo siglo XIX estaba iniciada la transformación. En los treinta años de su vida anterior, Graham había visto extenderse y generalizarse la costumbre de que los ciudadanos comiesen fuera de sus casas; el café, por ejem-

plo, había dado origen al «Acrated Bread Co.»; los círculos de mujeres habían tenido sus comienzos y el inmenso desarrollo de los gabinetes de lectura y de diferentes distracciones, más ó menos honestas, había ido aumentando la confianza social, que por fin había llegado á su completo grado de firmeza. No quedaba ya nada del antiguo hogar defendido por barras y cerrojos.

La gente que estaba reunida en el inmenso salón, según le dijo Asano, pertenecía á la segunda clase media, á la clase inmediatamente superior á los que vestían el uniforme, cuyos individuos, en la época victoriana, estaban tan acostumbrados á la reclusión doméstica, que al reunirse en lugar público no podían ocultar que estaban violentos, á pesar de su afectado desenfado. En cambio, los veía allí completamente despreocupados y como si verdaderamente se encontrasen en su centro.

También pudo observar Graham que reinaba la más escrupulosa pulcritud; sobre la mesa no se veía la menor mancha que atestiguase el que se hubiese vertido un plato ni una botella, ni había migas de pan esparcidas, ni, en fin, ninguna de las señales que caracterizaba una mesa de la época victoriana. El servicio de mesa era también muy distinto; no había manteles, ni flores, ni adornos; la mesa estaba hecha de una substancia sólida que tenía la textura y la apariencia del damasco, y se hallaba literalmente cubierta de elegantes dibujos con anuncios. Cada comensal tenía delante un complicado aparato de metal y porcelana. No había más que un solo plato de porcelana para cada uno, y por medio de espitas para líquidos y rolátiles fríos y calientes, lavaban el plato y el cubierto.

Espitas semejantes suministraban la sopa y el vino químico, que era la bebida usual; los demás manjares, presentados en artísticas bandejas, recorrían automáticamente la mesa sobre un carril de plata; el comensal detenía la bandeja al pasar por delante de él y se servía lo que quería. Aparecía por una puertecilla que había á un extremo de la mesa y desaparecía por otra situada en el extremo opuesto. En aquella multitud se podía notar cierto orgullo, propio de las almas humildes, y que nace del convencimiento de que no se han de dedicar á meneste-

res bajos y serviles; pensando en esto, Graham recorrió con la vista el vasto salón, viendo los enormes dioramas de anuncios desplegados á lo largo de los muros superiores y que proclamaban y ofrecían toda suerte de comodidades.

Después entró en un salón donde la gente se reunía para oír las noticias que contaba la máquina parlante. «El Amo duerme—decía el aparato con su voz antipática.—Su salud es inmejorable y no piensa más que en la aeronáutica. Cree que las mujeres son más hermosas que lo han sido nunca. Nuestra maravillosa civilización le produce un asombro sin límites, y toda su confianza la tiene depositada en Ostrog. Este es su primer ministro y está autorizado para nombrar y destituir empleados. Todo el patronato caerá en manos de Boss Ostrog. Los consejeros han sido conducidos á una prisión situada en la propia Casa del Consejo.

Graham oía con estupefacción aquella estúpida trompeta que despoticaba de tal modo, comprendiendo los medios de que su consejero se valía para influir sobre la multitud. Aquella era la máquina de noticias generales. Después de un rato de silencio, en que pareció tomar aliento, la máquina continuó de este modo:

«En París ya no oponen resistencia. La policía negra ha conseguido apoderarse de todas las posiciones de la ciudad. Los negros peleaban con verdadero heroísmo, mientras entonaban cánticos que en honor de sus antepasados escribió el gran poeta Kipling. Verdad es que una ó dos veces se propasaron y cometieron verdaderas atrocidades, pero de esto se desprendió una moraleja, y es que no hay que rebelarse. Esos negros son tan valerosos como inteligentes, y contra ellos no hay resistencia posible.»

Estas palabras produjeron un movimiento confuso de protesta. Por todas partes se oían maldiciones contra los negros. Un hombre, que había pronunciado una arenga impetuosa, concluyó con estas palabras:

—¡Esa es la obra del Amo, hermanos! ¿Qué podemos esperar de un hombre así?

—¿Qué es eso de la policía negra?—preguntó Graham al oficialillo.

Asano le advirtió con un gesto expresivo que no era prudente descubrirse en medio del populacho, y que lo mejor era contener su curiosidad.

Inmediatamente otro mecanismo chilló de un modo ensordecedor, dejando oír su voz estridente:

«¡Ja, ja, ja! Prestad fe á lo que dicen los hombres. En París han ocurrido escenas de una violencia terrible; los naturales de la ciudad están exasperados por los excesos y los asesinatos de la policía negra y han tomado horrosas represalias. Los tiempos bárbaros de la antigua historia se reproducen con sus escenas de sangre. Todo clama venganza...»

La máquina noticiera que había más próxima lanzó un grito estupendo que ahogó el final de la frase, y después continuó en el mismo tono que antes comentando los horrores del desorden.

«¡La ley y el orden público serán mantenidos á todo trance!» fué la conclusión terminante del discurso.

Graham quiso nuevamente adquirir de su acompañante datos precisos sobre aquellos sucesos que se anunciaban al público.

—No me pregunte usted nada aquí—le contestó Asano—ó de lo contrario no respondo de las consecuencias.

—Continuemos, pues—replicó Graham,—porque necesito enterarme bien de todo esto.

No sin grandes dificultades consiguieron abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que, emocionada y convulsa, no cesaba de gritar, expresando cada cual los sentimientos que le inspiraba el relato del suceso. En la ardua y fatigosa empresa que representaba el poder ganar la salida por en medio de aquel hacinamiento de carne humana, aunque aturdido por el incesante clamoreo, Graham pudo hacerse cargo de las inmensas proporciones del local y de la distribución de los servicios establecidos en él. Había centenares de aparatos de todos tamaños que cantaban, silbaban y hablaban y cada uno tenía un auditorio, compuesto en su mayoría de obreros de infima clase, ya que todos vestían el infamemente uniforme azul. La índole de los aparatos era tan diversa como su tamaño. Desde la máquina que, perdida en un rincón, lan-

zaba carcajadas y chistes de mal género, pequeña é insignificante, hasta la que tenía cincuenta pies de altura, como la primera que había escuchado Graham, y que era la destinada á transmitir al público las noticias de interés general.

La concurrencia era muy superior á la que de ordinario acostumbraba á reunirse, á causa del intenso interés que despertaban en el público los asuntos que estaban teniendo en París tan trágico y terrible desarrollo. Indudablemente la lucha debió haber sido mucho más terrible y trágica de lo que Ostrog había dicho. Eran innumerables los aparatos que describían y comentaban aquellos sucesos, y á esto se unían las voces, las exclamaciones y las interjecciones de la gente, que expresaba en alta voz todo lo que sentía. No obstante, se podían distinguir algunas frases sueltas, en las que parecía condenarse el descontento general. Sobre todo, un hombre de terrible aspecto, que precisamente estaba al lado de Graham, decía gritando como un energúmeno:

—¡Polizontes linchados! ¡Mujeres quemadas! ¿Es posible que el Amo consienta tales cosas? ¿Es así como quiere comenzar su gobierno?

—¡Así comienza el Amo su gobierno!—repetían otros expresando la más amarga decepción.

Y largo tiempo después de haberse alejado de aquel frenético concurso, los gritos, los silbidos, las interjecciones, las máquinas y los anatemas de la multitud persiguieron á Graham, zumbándole en los oídos: «¡Galup! ¡galup! ¡Ja, ja, ja! ¡Así comienza el Amo su gobierno!»

Tan pronto como hubieron salido, interrogó á Asano, apremiándole imperiosamente para que se explicara de un modo terminante y explícito acerca de los sucesos de París.

—¿Qué quiere decir eso del desarme á que trataban de resistirse los que iban en la manifestación? ¿Qué significa toda esa inquietud, todo ese hondo malestar que se revela en las reuniones públicas?

Asano mostraba el mayor empeño en convencerle de que nada anormal ocurría.

—Entonces, ¿á qué vienen esas violencias?

—No se puede comer tortilla sin antes romper los huevos—dijo Asano.—El que alborota es el pueblo bajo, sólo una parte de la ciudad; el resto está contento y satisfecho. Los obreros parisienses son los más salvajes del mundo, excepción hecha de los nuestros.

—¿Los de Londres?

—No, los japoneses.

—¡Pero es horrible eso de quemar mujeres vivas!

—Han proclamado la Comunne—dijo Asano;—quieren robarle á usted y acabarían con toda la propiedad, que es sagrada, después de entregar á la turba el gobierno del mundo. Pero usted es el Amo y el mundo le pertenece. Aquí no será posible que haya Comunne ni siquiera precisará utilizar la policía negra. Y no crea usted; al pueblo de París se han guardado toda clase de consideraciones; los que han intervenido en sus disturbios han sido sus propios negros, negros que hablan en francés; los regimientos del Senegal, Nigricia y Neuchoctu.

—¿Tres regimientos?—dijo Graham.—Yo creí que era uno sólo.

—No—contestó Asano,—han sido varios.

Graham, que hubiera deseado apaciguar los ánimos por sí mismo, se desesperaba viéndose reducido á la impotencia. No pudo menos que manifestar su extrañeza al observar que toda aquella multitud, cuyos arrebatos acababa de presenciar, fuese toda mal vestida, casi andrajosamente, pero Asano le manifestó que las clases más acomodadas no concurrían á aquellos sitios, porque en sus propias habitaciones tenían máquinas noticieras, dispuestas á hablar siempre que sus dueños lo quisieran; además, el inquilino del cuarto podía ponerlas en comunicación con aquel de los Sindicatos de noticias que prefiriese.

Graham le preguntó por qué razón él no tenía semejantes aparatos en sus habitaciones. Asano le miró con extrañeza.

—No creí que no los tuviese usted—respondió.—Debe haberlos quitado Ostrog.

—¿Y quién le ha mandado que hiciera eso?—preguntó ásperamente.

—Quizás pensaría que podrían incomodarle...

—Es necesario que queden de nuevo instalados lo más pronto posible.

En un principio creyó que aquel salón de noticias y aquel inmenso comedor eran los únicos de la ciudad, pero después pudo ver que los había en gran número en cada distrito.

Repartidas también por todas partes se encontraban casas de maternidad artificial como aquella en que entraban entonces, y á la cual llegaron por un ascensor y un puente de cristal que cruzaba el comedor y atravesaba las vías en ángulo ligeramente elevado. Para entrar en la primera sección necesitó presentar un cheque con su firma, é inmediatamente fueron atendidos por un hombre que vestía manto de púrpura con broche de oro, insignia de los médicos cuando estaban en funciones de servicio. Por el movimiento de espectación que motivó su presencia y las miradas de curiosidad de que fué objeto, comprendió que había sido reconocido, por cuyo motivo entró de lleno en el asunto y no omitió pregunta alguna de las que podían interesarle.

A ambos lados de largos corredores, silenciosos y acolchados, como para acallar el ruido de los pasos, veíanse estrechas puertecillas, cuya forma y disposición recordaban las de las antiguas prisiones. La parte superior de las puertas era de aquella substancia verdosa y transparente de la urna en que él mismo tanto tiempo había permanecido encerrado; detrás de cada puerta, en un pequeño recinto, yacía un tierno niño, acostado como en un nido de encajes. Aparatos muy delicados indicaban las variaciones atmosféricas, avisando por medio de timbres á la Oficina central la más ligera desviación del límite de temperatura y humedad.

Semejante sistema había casi acabado por completo con las nodrizas, que tantos peligros é inseguridades ofrecían. El encargado del servicio llamó su atención sobre las «amas de leche,» que formaban largas filas y que consistían en figuras mecánicas con brazos articulados, hombros y pecho de un modelado perfecto, pero que por debajo eran simples trípodes de bronce y que en lugar de

facciones tenían discos con anuncios que podían interesar á las madres.

De todas las cosas extrañas que Graham había visto aquella noche, ninguna le pareció tan repugnante como aquella, tan contraria á sus más íntimos sentimientos; el espectáculo de las sonrosadas criaturitas, cuyos débiles miembros vagaban inciertos en la realización de los primeros movimientos, abandonados á los cuidados de aquellos insensibles artefactos, sin el cariño y protección de sus madres, le produjo una invencible antipatía. El médico que hacía la guardia era de otra opinión; su estadística ponía fuera de dudas que en los tiempos victorianos el paso más peligroso de la vida era el que se daba en los brazos de las madres, y que en la más tierna infancia la mortalidad había llegado siempre á una cifra aterradora; en cambio, con aquel sistema no se perdía ni el medio por ciento del millón de niños que á la Compañía estaban confiados. No obstante, la prevención de Graham era demasiado fuerte para ceder ante consideraciones de tanta importancia.

Yendo por uno de aquellos pasadizos, sorprendió á una joven pareja vestida de la ordinaria tela azul, que miraba al interior de uno de los nichos sonriendo ante el inocente sueño de su primogénito. Graham les dirigió una mirada llena de tan duros reproches, que los jóvenes huyeron avergonzados. Aquel incidente le puso aún más de manifiesto el abismo que mediaba entre los hábitos de la nueva edad y los que reinaban en los tiempos victorianos.

En el cuarto de los «primeros pasos» y en el «kindergasten» quedó perplejo y abatido. El oficialillo le hizo observar la variedad de juguetes que servían para el entretenimiento de los niños, y que se fundaban en las doctrinas de aquel inspirado sentimentalista llamado Froebel. Había también algunas nodrizas, pero dominaban las máquinas que cantaban, mecían y acariciaban.

—¡Pero cuánto huérfano!—dijo Graham con un suspiro ante la penosa idea que de él se anoderaba en presencia de aquellos niños, que le parecían todos abandonados.

Entonces supo que no eran huérfanos; que aquellos niños tenían sus madres, las cuales, mientras se entregaban á sus ocupaciones ordinarias, dejaban encomendados sus pequeñuelos á los cuidados de aquella institución, que los atendía con esmero; pero no obstante, al salir de allí todavía hablaba con horror del efecto que le habían causado los niños en sus incubadoras.

—Indudablemente se ha perdido la maternidad. ¿Es que antes era una simple zalamería? ¡Ah!, no, era un instinto, un bello sentimiento. Esto, en cambio, me parece antinatural, aborrecible...

—Por aquí vamos al salón de baile—dijo Asano por toda respuesta.—Seguramente estará lleno á pesar de la intranquilidad política, porque las mujeres, con raras excepciones, no se interesan en la política. Ya verá usted á las madres; la mayoría de las jóvenes de Londres son madres; en esa clase está muy bien visto tener un hijo. Pocas tienen más de uno, pero en la Compañía del Trabajo es distinto. Y no crea usted que el sentimiento de la maternidad ha muerto, pues fundan su mayor orgullo en sus hijos y con mucha frecuencia vienen á verlos.

—¿Cree usted que la población del mundo va disminuyendo?

—Indudablemente, excepto entre los súbditos de la Compañía del Trabajo.

A medida que avanzaban, llegaba hasta ellos, cada vez más juguetona, una música alegre y bulliciosa, al compás de la cual bailaban infinidad de parejas. La alegre muchedumbre lanzaba incesantes carcajadas y gritos de júbilo; el espectáculo que presentaba el salón era bien distinto del que ofrecía el salón de noticias que acababa de visitar. Aquí había risas alegres, rostros animados, cabezas engalanadas con vistosos rizos, frentes radiantes de gozo y un ambiente perfumado y lleno de armonías, donde un público feliz disfrutaba á sus anchas de la más gratas expansiones.

—Ya verá usted—dijo Asano— cuánto ha cambiado el mundo. Venga por aquí y le enseñaré las madres de nuestro tiempo.

Un ascensor les llevó á una elevada galería desde la

cual se dominaba todo el salón. Pagaron su cuota de entrada en una taquilla y pudieron contemplar, para encanto de sus ojos y de sus oídos, la brillante esplendidez de aquella deliciosa confusión, en la cual innumerables y lindas muchachas danzaban al compás de una música voluptuosa y picaresca.

—Aquí tiene usted—dijo Asano—á los padres de los pequeños que antes ha visto.

El salón no estaba decorado con tanta riqueza como el del Atlas; pero por su extensión, después de éste era el más espléndido de cuantos habían visto: sus hermosas columnas, al parecer de clara amatista, le daban un aspecto de suntuosidad; las bellísimas cariátides de mármol blanco que sostenían las galerías eran nuevo testimonio de la restauración de la magnificencia escultórica; parecían sonreír á los bailarines mostrándoles sus actitudes insinuantes, como si ellas mismas tomaran parte en la fiesta. Lo que no pudo saber Graham es de donde provenía aquella música; se trataba indudablemente de algún mecanismo que por sí sólo suplía con ventaja á la antigua orquesta.

—Mírelas usted—decía el oficialillo—y vea cuánta maternidad respiran sus rostros.

La galería en que habían colocado su observatorio, corría á lo largo del borde superior de un enorme tabique que separaba el salón de baile de otra sala exterior, que al través de espaciosos arcos descubría el continuo movimiento de las vías de la ciudad. En aquella sala se agrupaba una gran multitud de gente vestida con menos brillantez, la mayoría con el uniforme azul de la Compañía del trabajo, y casi tan numerosa como la que bailaba dentro; demasiado pobres para poder asistir á la fiesta, eran, sin embargo, incapaces de alejarse de sus seducciones. Habían despejado algunos espacios, y en ellos bailaban también, haciendo flotar al aire sus miserables harapos. No pocos, al bailar, decían á gritos chistes obscenos y extravagantes alusiones que Graham no podía entender. Uno se puso á silbar el estribillo del canto revolucionario, pero se detuvo antes de terminarlo. La oscuridad que

allí reinaba no permitía ver otros detalles, y Graham volvió á mirar al salón.

Encima de las cariátides había multitud de bustos de mármol que representaban algunos hombres á quienes aquella edad estimaba como grandes emancipadores y precursores del desenvolvimiento de la humanidad; la mayoría de ellos eran extraños para Graham, si bien reconoció á Grant, Alleu, Le Gallienne, Nietzsche, Shelley y Goodwin. Festones negros ostentaban inscripciones que en parte ocultaban los detalles de la ornamentación general, en los cuales se advertía que se estaba celebrando la *fiesta del despertar*.

—Muchos millares de personas están hoy de fiesta y han abandonado sus ocupaciones entregándose á los placeres sin acordarse para nada de los obreros que se niegan á volver al trabajo y se entregan á fomentar los desórdenes — dijo Asano. — Son gente que siempre está dispuesta para no trabajar.

La galería en que ellos permanecían estaba casi desocupada, exceptuando dos ó tres parejas que se habían retirado allí para poder hablar á sus anchas. Graham se inclinó sobre el parapeto y miró á los bailarines. De abajo llegaba hasta él un cálido aliento de perfumes y vitalidad. Los hombres iban con el cabello arreglado á la moda femenina, la barba rapada y hasta muchos con la cara pintada. De las mujeres, la mayoría eran muy lindas y todas vestían con artística coquetería. Aquella gente se divertía de verdad, y Graham pudo observarlo por la expresión de sus rostros.

—¿Qué clase de gente es esa?

—Son trabajadores de posición desahogada, lo que antes se llamaba la clase media. Los negociantes en pequeña escala, que trabajan por cuenta propia y gozaban, por lo tanto, de cierta independencia, han desaparecido, pero no obstante, aún quedan maquinistas, capataces y encargados. Esta noche la fiesta es general y seguramente no habrá ningún salón de baile ni teatro que no esté lleno.

—Pero, ¿las mujeres deben estar muy desocupadas? Como sus únicos deberes, los de la maternidad, ya no existen para ellas.

—Trabajan lo mismo que los hombres. En los antiguos tiempos ya empezó á iniciarse la obrera independiente, pero hoy ya lo son todas. Además, las nuevas formas de casamiento les proporcionan más dinero y facilidad para divertirse.

—Ya lo veo—dijo Graham con la vista fija en el radiante torbellino, mientras pensaba en el desamparo de todo afecto en que yacían aquellas pobres criaturitas, que empezaban á constituir para él una verdadera obsesión.—¿Y son madres esas mujeres?

La mayoría de ellas sí.

—Cuando más veo, más complejos me parecen vuestros problemas. Esto, por ejemplo, es una sorpresa, la noticia de París, otra sorpresa.

Permaneció un momento en silencio y después continuó:

—¿Estas son las madres de la nueva edad! Ahora creo que voy penetrándome mejor de cuál es la manera moderna de ver las cosas; pero yo estoy muy apegado á mis viejos hábitos, fundados en necesidades que supongo habrán desaparecido. En mis tiempos, una mujer no se contentaba con tener hijos; necesitaba amarlos, dedicarse toda entera á su cuidado, educarlos y guiarlos en el camino de la vida; la esencia de la educación moral é intelectual la recibían los hijos de sus madres; no les bastaba darles la sangre de sus venas; á esto añadían los afectos de su alma. Cuando no recibían la educación de sus madres, se quedaban sin ella, y muchas, lo confieso, no llegaban á recibirla. Hoy, indudablemente, no tienen más necesidad de esos cuidados, que si fuesen mariposas.

—Los ideales humanos—dijo Asano— cambian conforme cambian las necesidades.

Graham estaba absorto en sus meditaciones y no oyó esta respuesta, abismado como estaba, quizás, en el recuerdo de su infancia, que se había deslizado dichosa y sossegada en el regazo de su madre, á cuya memoria consagró una lágrima de ternura.

—¡Ah!—dijo suspirando.—Veo la perfecta relación de todo esto. Continencia, sobriedad, sacrificio... son necesidades solamente del estado bárbaro, de la vida primi-

tiva. La virtud sólo es el tributo que el hombre rinde á la naturaleza no conquistada; pero cuando el hombre la ha conquistado ya para los fines prácticos de la vida... ¡Ah! Entonces la vida es alegre y dichosa; entonces triunfa el egoísmo y no hace falta la virtud en la vida pública ni en la privada; las madres abandonan á sus hijos; los asuntos políticos están manejados por Bosses con policía negra...

Lanzó sobre los danzantes una mirada indefinida.

—La vida es alegre—repitió—cuando todos los sentimientos humanos se sacrifican al goce.

—No crea usted—dijo el oficial.—También ahora hay momentos de sufrimiento y de hastío.

—Todos parecen jóvenes. Entre ellos soy yo visiblemente el más viejo. Y en mi tiempo pasaba yo por hombre de media edad.

—Son jóvenes, en efecto. Se ven pocos viejos en esta clase, sobre todo en las ciudades industriales.

—¿Cómo es eso?

—La vida de los viejos no es tan agradable como solía, á menos que sean ricos y se procuren amantes y amigos. Y tenemos una institución llamada Euthanasia.

—¡Ah... esa Euthanasia!—dijo Graham.—¿La muerte cómoda?

—La muerte cómoda. Es el último placer. La Compañía de la Euthanasia hace las cosas bien. La gente paga la cuota... bastante cara... por adelantado y durante muchos años. Legado su día, se le conduce á una ciudad de placer y regresa de allí empobrecido y debilitado, muy debilitado.

—Queda aquí mucho por comprender—dijo Graham después de una pausa.—Sin embargo, veo la lógica de todo eso. Nuestro cúmulo de acras virtudes y acerbadas restricciones era la consecuencia del peligro y la inseguridad. Los estoicos, los puritanos, aun en mi tiempo, eran tipos que se desvanecían. En los antiguos tiempos el hombre se preparaba contra el dolor, ahora ansía el placer. En esto estriba la diferencia. La civilización ha combatido al dolor y al peligro en sus últimas trincheras... para la clase acomodada. Y tan sólo la clase acomoda-

modada es la que importa ahora. Yo he estado durmiendo doscientos años.

Durante unos momentos estuvieron apoyados en la balaustrada siguiendo las intrincadas evoluciones del baile. La escena era realmente hermosa.

—Ante Dios—dijo Graham de pronto—preferiría ser un herido centinela tiritando sobre la nieve que uno de esos pintados mequetrefes.

—En la nieve—dijo Asano—quizás pensaría usted diferentemente.

—Soy incivilizado—continuó Graham sin hacerle caso.—Esta es la turbación. Soy primitivo... paleolítico. Su fuente de rabia y temor y cólera está cerrada y sellada, y los hábitos de una vida les hacen felices y desembarazados. Siga usted con paciencia mis disgustos é impresiones. Esta gente, me dice usted está compuesta de hábiles obreros y otros semejantes. Y mientras ellos bailan, otros hombres luchan... en París mueren los hombres ahora por la conservación del mundo... para que ellos puedan bailar...

Asano sonrió imperceptiblemente.

—También mueren hombres en Londres—dijo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde duermen?—preguntó Graham.

—Arriba y abajo... en intrincados laberintos.

—¿Y dónde trabajan? Es decir... los quehaceres domésticos.

—Poca labor verá usted esta noche. La mitad de los obreros están fuera ó sobre las armas. Es día de asueto. Pero iremos á los barrios trabajadores, si usted quiere.

Durante un buen rato estuvo Graham contemplando el baile, y después se volvió de pronto.

—Quiero ver los obreros. Ya estoy cansado de esto,—dijo

Asano tomó el camino á lo largo de la galería á través de la sala de baile. Pronto llegaron á un pasaje transversal donde se respiraba un aire más fresco y puro.

Asano echó una mirada á aquel pasaje cuando hubieron pasado, se detuvo, se dirigió de nuevo á él y volvióse á Graham con una sonrisa.

—Aquí, señor—dijo—hay algo... algo que le sería familiar... y sin embargo... Pero no quiero decírselo á usted. ¡Vamos!

Se encaminaron á lo largo de un pasaje cercano donde pronto se notó bastante frío. La reverberación de sus pies indicaba que aquel pasaje era un puente. Llegaron á una galería circular, cubierta, y luego á un aposento, también circular, que le pareció familiar, si bien Graham no recordaba distintamente en qué ocasión había estado allí otra vez. Había allí una escala—la primera escala que había visto después de su despertar—por la cual subieron, llegando á un elevado, negro y frío paraje en el cual se veía otra escala casi vertical. Ascendieron por ella asimismo, y Graham continuaba aún perplejo.

Pero en lo alto comprendió y reconoció las barras metálicas sobre que se apoyaba. Estaba en la linterna, debajo de la bola de San Pablo. La cúpula sobresalía un poco sobre el contorno general de la ciudad aun envuelta por el crepúsculo, y se hundía en la oscuridad, distinguiéndose alguna que otra muy á lo lejos.

Miró entre las barras hacia el norte y divisó las constelaciones eternas é inmutables. Capella se cernía al oeste, Vega estaba alzándose y las siete centelleantes estrellas de la Osa mayor giraban en su majestuoso círculo sobre el polo.

Vió estas estrellas en un claro fragmento de la bóveda celeste. Por el este y el sur las grandes formas circulares de los molinos de viento ocultaban el cielo. En el sudoeste brillaba Orión, extendiéndose como un pálido fantasma á través de la red de metal elaborado. El estridente mugido de una sirena en las estaciones volantes, anunciaba al mundo que un aeroplano iba á ponerse en marcha. Permaneció un rato mirando en aquella dirección. Después sus ojos volvieron de nuevo á las constelaciones septentrionales.

Durante un buen intervalo permaneció silencioso.

—Esto—dijo por último sonriendo en la sombra—páreceme la cosa más extraña de todas. ¡Estar en la cúpula de San Pablo y contemplar de nuevo estos astros silenciosos y familiares!

De allí fué conducido por Asano á través de tortuosos caminos en dirección á los barrios burocráticos donde se hacían y deshacían las fortunas de la ciudad. Graham entrevió una interminable serie de inmensas salas, rodeadas de galerías, que se sucedían de trecho en trecho hasta imponente elevación, en las cuales se abrían millares de despachos, y cruzada de una verdadera red de puentes, pasarelas, rieles para motores aéreos y trapecios y cables de descenso. Y allí, más que en ninguna otra parte, resaltaba la nota de vehemente vitalidad, de irresistible y apasionada actividad. Por todas partes se veían violentos anuncios, hasta que su cerebro se aturdió ante aquel escándalo de luz y de color. Y máquinas parlantes de un tono particular, rancio y gangoso, abundaban llenando el aire con exagerados llamamientos y avisos.

El lugar parecióle densamente repleto de gentes que ó bien se agitaban como energúmenos, ó estudiaban silenciosamente las operaciones; sin embargo, supo que las salas estaban comparativamente desiertas y que la gran convulsión política de los últimos días había disminuído los negocios en una medida sin precedentes. En un gran local se veían largas filas de mesas de ruleta, rodeadas todas de una excitada turba; en otro, una babel de mujeres pintadas de blanco y de hombres dados de bermellón, compraban y vendían acciones de un negocio puramente ficticio, en el que cada cinco minutos se repartía un diviendo de un diez por ciento y se amortizaban cierto número de acciones designadas por la suerte.

Y estas operaciones se llevaban á cabo con una energía que pasaba fácilmente á la violencia, y, habiéndose Graham aproximado á un corro, vió en el centro á dos elevados negociantes sosteniendo violenta controversia con dientes y uñas á propósito de cierto delicado punto de etiqueta industrial. Aun quedaba en la vida algún ideal por quien romper lanzas. Más allá le chocó grandemente un vehemente anuncio frenético escrito con letras de fuego escarlata de cuatro yardas de altura. NOSOTROS ASEGUARAMOS AL PROPIETARIO. — NOSOTROS ASEGUARAMOS AL PROPIETARIO.

—¿Quién es el propietario?—preguntó Graham.

—Usted.

—¿Pero qué me aseguran? ¿Y por qué me aseguran?

—¿No tenían ustedes el seguro?

Graham pensó.

—¿El seguro?

—Sí... el seguro. Recuerdo que esto es cosa de su tiempo. Aquí se asegura su vida de usted. Docenadas de personas contratan pólizas, miriadas de leones se imponen por su vida. Y más allá otros especuladores compran anualidades. Aquí se trafica con la vida de todas las personas eminentes. ¡Fíjese usted en aquellos!

Una multitud de gente se agrupó arremolinándose, y Graham vió un gran transparente iluminado en el cual campeaban grandes letras de púrpura incandescente. «Anualidades sobre el propietario—x 5 p. 2. G.» La gente comenzó á gritar y á hacer ¡aaah!; un número de hombres, jadeantes, de violenta expresión, pasaron corriendo, elevando sobre sus cabezas los puños cerrados. Oyóse crugir una puerta.

Asano hizo un breve cálculo.

—Setenta por ciento anual es su anualidad sobre usted. No pagarían tanto si le viesan á usted ahora, señor. Pero no le conocen. Sus anualidades de usted son una segura colocación, pero ahora usted es la cuestión de azar. Este es probablemente un desesperado albur. Dudo mucho que el pueblo vuelva á verse con su dinero.

El grupo de presuntos anualistas se hizo tan nutrido, que durante un buen rato Graham y su acompañante no pudieron avanzar ni retroceder. Graham notó que abundaban las mujeres entre los especuladores, y se le hizo presente de nuevo la económica independencia del bello sexo. Parecían perfectamente capaces de tener cuidado de sí mismas entre aquella barahunda, usando de sus codos con particular habilidad, como lo aprendió Graham á su costa. Una de rizado cabello quedó detenida unos momentos entre el corro, la miró fijamente, y después, acercándose á él deliberadamente, le tocó con el codo de un modo que no podía ser casual, demostrando bien claro que había encontrado favor en sus ojos. Y después un enjuto individuo de luenga barba gris, sudando copiosamente en

una noble pasión de propia ayuda, ciego á todo lo que le rodeaba, salvo el transparente rótulo, pasó entre ellos como una avalancha, atraído por el tentador «x p. 2. G.»

—Deseo salir de aquí—dijo Graham á Asano.—No es esto lo que quiero ver. Lléveme usted entre los obreros. Quiero ver al pueblo de traje azul.. Estos parasitarios lunáticos...

Encontróse envuelto en un grupo de gente que luchaba para llegar antes y la frase quedó sin terminar.

CAPITULO XXI

EL REVERSO

Del barrio mercantil, Graham y su acompañante, aprovechando las vías movibles, se encaminaron á un barrio remoto de la ciudad, donde se fabricaban las manufacturas groseras. En su dirección, la vía movable cruzó dos veces el Támesis, y pasó, en ancho viaducto, á través de uno de los grandes caminos que entraban en la ciudad por el norte. En las dos veces la impresión fué viva y en ambas rápida. El río era un ancho espacio de negra agua del mar, limitado por edificios, y desvaneciéndose por ambos extremos en una oscuridad constelada de luces. Un número de negras barcas descendía hacia el mar, tripuladas por hombres de vestido azul. El camino era un largo, ancho y elevado túnel, á lo largo del cual se deslizaban máquinas de altas ruedas rápida y silenciosamente. Allí también abundaba el color azul de la Compañía del Trabajo. La lisura de los dos trayectos opuestos, las grandes dimensiones y ligereza de las ruedas neumáticas en comparación con el cuerpo del vehículo, impresionaron á Graham vivamente. Un alto y descansado carruaje con varillas longitudinales de metal, de las cuales colgaban los cuerpos de centenares de